

A la Luz del Amor Cristiano



Sino fuese por nuestro amor humano, todo se tornaría en tinieblas y sinsabores. Pero: ¿Es capaz el hombre de crear algo de valor con el amor mediocre de su alma? ¿Puede establecer leyes permanentes que levanten el espíritu del hombre? ¿No se pierde todo nuestro humano amor con la distancia que causan los años? ¿No se vuelve acaso todo en olvido y buenas palabras que no hacen más que satisfacer la vanidad del hombre? Sin embargo, hay un amor especial del cual habla Dios en su libro eterno: el amor ágape.

En el libro de Aristeas (229) se dice que la santidad está estrechamente vinculada con la belleza, pues es "la forma sobresaliente de la belleza, y su fuerza se encuentra en el amor -ágape, que a su vez es un regalo de Dios". Filón usó la palabra ágape en su significado más noble. Decía que el temor y el amor (ágape) poseen sentimientos de intimidad familiar, y que ambos términos determinan la relación entre el ser humano y Dios, el Dios del cielo. Sin embargo, el ágape expresa muchísimo más cuando lo contemplamos a la luz de la ética cristiana. En Juan 16.27 se refiere el apóstol al amor divino hacia los hombres: "pues el Padre mismo os ama (ágape), porque vosotros me habéis amado, y habéis creído que yo salí de Dios". Pero el mismo ágape es usado para indicar con qué dedicación debería el hombre entregarse a Cristo (1ª Corintios 16.22).

Dios ha elegido el ágape, pues éste requiere todo el ser humano; por eso es una entrega total del tercero. El amor cristiano no se refiere solamente al prójimo y a los seres más queridos, a los parientes y a los amigos, es decir, a los que nos aman. El amor ágape se extiende a la comunión de cristianos entre sí; ha de ampliarse al prójimo, al enemigo, y se extiende hacia toda la raza humana.

El amor en la familia, entre amistades, y aun el amor entre hombre y mujer, se produce sin añadir nada. Simplemente ocurre, y no requiere mucho de nuestro esfuerzo. Ese tipo de amor no constituye de modo alguno una conquista. El enamorarse no necesita de una virtud especial. No es el resultado de nuestra acción consciente.

El ágape, en cambio, tiene que ver algo con nuestra mentalidad; no es un sentimiento que surge en nuestro corazón sin que hayamos hecho una petición. El ágape es un principio de vivir, según el cual el cristiano vive conscientemente. El ágape decide en cuanto a nuestra voluntad. Es un sometimiento (a Cristo), una victoria (sobre lo mediocre de la carne), una conquista (por cuanto el que ama con ágape, el amor que proviene de Dios, ha vencido al mundo). Nadie puede amar a sus enemigos en forma natural. Se necesita vencer cosas que se oponen a ello. Nuestras inclinaciones y sentimientos se oponen a amar a un enemigo. El ágape nos coloca en la posición de hacerla. Es más que un sentimiento, un momento tierno en el cual nos vence la debilidad; es, al contrario, un principio de la razón y un alcance consciente de la

voluntad. Es la fuerza de amar al ser humano antipático y opuesto a nuestra propia interpretación de los sentimientos.

El cristianismo no enseña que amemos con la misma fuerza a nuestros seres cercanos como a nuestros enemigos, o que amemos a nuestros enemigos con la misma intensidad de amor que tenemos hacia nuestros seres queridos. De ninguna manera. Sería imposible y vano de intentar. Cristo sí pide que, en todo, estemos listos a mostrar una conducta mental, razonable del corazón y de nuestra voluntad, hacia todos los hombres, aunque nos hagan mal, nos persigan y sean así nuestros enemigos.

No es, por lo tanto, ninguna casualidad que en Mateo 5.43-48 se nos pida que amemos a nuestros enemigos. ¿Por qué? "Para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y que hace llover sobre justos e injustos". Mas aun, el Señor Jesús espera de cada "hermano menor" de él "que sea perfecto", como el Padre celestial es perfecto (versículo 48). ¿Por qué debemos ser así? Porque Dios siempre lleva lo mejor en su mente hacia todos los hombres, sean santos o pecadores.

El ágape humano es un producto del Espíritu Santo (Gálatas 5.22; Romanos 15.30). El ágape cristiano es imposible para el hombre natural no nacido de nuevo. Sólo aquél puede practicar el amor ágape, el que está lleno del Espíritu Santo y el amor de Dios reside en su corazón. Sólo así puede ser limpiado de odio humano, amargura, y de todas las reacciones a enemistades, injusticia y rechazo. El ágape es totalmente imposible para todos aquellos que no tienen a Cristo. Tales personas podrían comprender lo esencial de la ética cristiana, podrían entender y reconocer que en ello está la solución de todos los problemas de este mundo. Serían capaces de aceptarlo con la razón, pero no pueden vivirlo en la práctica. Primero tiene que vivir alguien en su alma: Cristo.

He aquí unos hechos que nos muestran aun más profundamente el valor del amor ágape. El ágape es el fundamento entre el Padre y el Hijo, entre Dios y Jesús. Jesucristo habla "del amor con que me amaste" (Juan 17.26). Cristo es el "Hijo amado de Dios" (Colosenses 1.13; Juan 3.35; Juan 10.17).

La vida terrestre muestra el amor ágape del Hijo hacia el Padre (Juan 14.31). Es la obligación del hombre amar a Dios (Mateo 22.37). El cristianismo tiene por fin que el amor de Dios venza sobre el ser humano. No es quebrantando la voluntad del ser humano, sino que Dios vence su corazón. Pablo dice: "Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí" (Gálatas 2.20).

La constitución de la vida cristiana y de fe es el amor (ágape) hacia Jesús. De modo que con el amor que Cristo nos ama, hemos de amarle a él (Efesios 6.24; 1 Pedro 1.8; Juan 21.15-16).

La manera de reconocer la vida cristiana es el amor de los cristianos entre sí mismos (1ª Pedro 1.22; 1ª Juan 3.11,23). En la medida que el cristiano ame a Jesús, así también

amará a su semejante. Si no logra más, su relación con su Salvador no es perfecta. Y esto se refleja en su conducta con los demás. Una congregación local debe ser guiada por el amor ágape. Una comunión es cimentada en el amor de Dios. La unidad de los creyentes es imposible si sólo se basa en la teología. Se necesita el fundamento del amor ágape hacia Dios, Cristo, la palabra de Dios, y hacia los demás. Dios es amor (1ª Juan 4.7-8; 2 Corintios 13.11). Dios no sólo amó al pueblo de Israel sino a todo el mundo (Juan 3.16). El amor de Dios entregó a su Hijo unigénito a la raza humana (1ª Juan 4.9). Sabemos que Jesús nos ama por cuanto él mismo se ha dado por nosotros en la cruz (Efesios 5.2; Apocalipsis 1.5). Dios nos ama y nos quiere salvar, si aceptamos sus condiciones de salvación.

El amor de Dios es misericordioso, y misericordioso debe ser el cristiano (Efesios 2.4). El amor de Dios no es una tiranía ni tampoco se posesiona de alguien para explotado. Más bien es un amor que mana de una fuente inagotable de misericordia eterna. También ama con amor salvador y santificador. "Pero nosotros debemos dar siempre gracias a Dios respecto a vosotros, hermanos amados por el Señor, de que Dios os haya escogido desde el principio para salvación, mediante la santificación por el Espíritu y la fe en la verdad" (2ª Tesalonicenses 2.13). Sólo el amor ágape de Dios arranca el ser humano de su pasado desesperado, y le obsequia la fuerza de un nuevo y brillante futuro. Frente a esa grandeza del Dios eterno, ¡cuán mediocre e inhumana es la conducta de muchos!

El amor divino da fuerza de vida al hombre y le hace vencedor: "Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó" (Romanos 8.37). He aquí que el amor del Padre celestial no es un amor que educa al hombre creyente a ser miedoso y débil, sin fuerza y voluntad de vida: he aquí que el ágape divino educa al heroísmo cristiano. Pablo dice que "ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro" (Romanos 8.39).

Vemos, pues, que ninguna amenaza puede prevalecer sino que todo será sometido al amor ágape de Dios. Dios nos ama y nos premia (Santiago 1.12; 2.5). Su amor es delicioso para esta vida, pero retiene cosas y promesas aun más excelentes para la vida futura.

El amor de Dios es un amor que disciplina al hombre. "Porque el Señor al que ama, disciplina, y azota a todo el que recibe por hijo" (Hebreos 12.6). La disciplina es una parte esencial del amor ágape. Una iglesia que no practica la disciplina será absorbida por el pecado y el liberalismo religioso que corrompe las buenas costumbres. Un cristiano puede ser fiel solamente a un señor. El amor hacia Dios ha de ser exclusivo. "Si me amáis, guardad mis mandamientos" (Juan 14.15). "Ningún siervo puede servir a dos señores" (Lucas 16.13). El cristiano no puede servir a la religión, a la filosofía, al humanismo y a otras doctrinas ajenas al cristianismo puro, sin apartarse del camino de Dios, a tal extremo que su salvación quede en tela de juicio. El amor ágape del hombre hacia Dios es un amor que se basa en la gratitud (Lucas 7.42, 47). También es un amor obediente (Juan 14.15). La obediencia no puede ser parcial sino total (1ª Juan 2.5; 2ª Juan 6). El cristiano que somete su vida por entero a Dios, muestra por su obediencia que verdaderamente ama al Señor.

El creyente no puede sentarse tranquilamente en su sillón, diciéndole que "todo está bien". El amor ágape en él le llama a una vida de acción. Este amor es un amor comunicativo.

Nuestros semejantes deben ser amados por nosotros y es preciso ayudarles en la medida de nuestras posibilidades: "Nadie ha visto jamás a Dios. Si nos amamos unos a otros, Dios permanece en nosotros, y su amor se ha perfeccionado en nosotros (1ª Juan 4.12). "Si alguno dice: Yo amo a Dios, y aborrece a su hermano, es mentiroso. Pues el que no ama a su hermano a quien ha visto, ¿cómo puede amar a Dios a quien no ha visto?" (1ª Juan 4.20). "Nosotros sabemos que hemos pasado de muerte a vida, en que amamos a los hermanos. El que no ama a su hermano, permanece en muerte" (1ª Juan 3.14). La deficiente disposición de ayudar y la carencia de amor dan muestra de que nuestro amor hacia Dios es irreal y no verdadero. "Pero el que tiene bienes de este mundo y ve a su hermano tener necesidad, y cierra contra él su corazón, ¿cómo mora el amor de Dios en él?" (1ª Juan 3.17).

Es imposible realizar una comunión verdadera entre los cristianos sin amor ágape. El ambiente real del cristianismo es el amor. El amor da testimonio de la comunión de unos con otros, y de todos con Dios. Una congregación local, en la cual predomina la amargura y el enojo, no tiene el derecho de llamarse iglesia de Cristo. Una iglesia tal ha destruido el ambiente de la vida cristiana, y se ahogará. Si no se reconoce en una comunidad cristiana la mente de Cristo, ni vale la pena hablar de ella (1ª Corintios 16.14; Colosenses 1.4; 1ª Tesalonicenses 1.3; 3.6; 2ª Tesalonicenses 1.3; Apocalipsis 2.19). El amor ágape constituye la atadura que mantiene todo el edificio de la iglesia de Cristo. Ese amor también establece el clima en el cual todo se hace; en el cual crece la comunión; y es el alimento por el cual crecen los cristianos. Pablo insiste en el hecho que todo el cuerpo de Cristo, su iglesia, va edificándose en el amor (Efesios 4.16).

Los que dirigen la obra de Dios tienen que ser hombres llenos de amor no fingido. El que acepta una misión en la iglesia para satisfacer su corazón envanecido con prestigio, popularidad o poder, no debe tener ningún puesto en la iglesia del Dios viviente (2ª Corintios 11.11; 12.15; 1ª Timoteo 4.12; 2ª Timoteo 3.10; 2ª Juan 1; 3ª Juan 1).

A la vez la conducta y consideración de los hermanos hacia los hermanos dirigentes, ha de ser excelente. Sólo el amor puede ser la medida correcta. "Os rogamos, hermanos, que reconozcáis a los que trabajan entre vosotros, y os presiden en el Señor, y os amonestan; y que los tengáis en mucha estima y amor por causa de su obra. Tened paz entre vosotros" (1ª Tesalonicenses 5.12-13). Con frecuencia existe una crítica destructiva, el descontento, enojo y una total falta de colaboración. La atadura de la comunión cristiana es el amor hacia todos.

De verdad, el amor cristiano comienza en la familia cristiana (Efesios 5.25, 28,33). No olvidemos que la familia cristiana es uno de los mejores testigos a favor del cristianismo. El mundo entero reconocerá el valor de la doctrina de Cristo en la constitución del hogar cristiano. El hombre que no haya hecho de su propia casa un centro de amor cristiano, no tiene el derecho de dirigir la obra de Dios.

El amor de Cristo (ágape) se extiende hacia los hermanos de la fe (1ª Pedro 2.17). Hoy en día muchas gentes se abstienen de la iglesia porque ven en la iglesia una sociedad que se pelea amargamente por cualquier cosa. Una iglesia local rodeada de una paz perfecta es extraña. La fórmula es el amor. Más gente es atraída a la iglesia de Cristo con amor que con argumentos teológicos. ¡Y cuántos hombres son echados fuera de la iglesia de Cristo por la conducta nefasta y grosera de unos así llamados cristianos! No son las dudas ni las dificultades de interpretación lo que aparta las almas del reino de Dios, sino la hipocresía de corazones endurecidos.

El amor ágape de los cristianos posee una propiedad bien definida: Este amor es sincero (Romanos 12.9). No lleva en sí cosas ocultas. No es un amor calculado. Tampoco es una amabilidad superficial que cubre la amargura interior. Es, pues, un amor que ama con ojos abiertos y un corazón bien dispuesto a hacer siempre lo justo, lo bueno y que es propio delante de Dios.

El amor ágape es inocente (Romanos 13.10). No ofende a nadie. Hay un tipo de amor que puede causar daño de forma doble. Puede llevar el hombre al pecado, o puede proteger sobremanera de modo que resulte en algo posesivo. Por ejemplo, un amor materno mal entendido es capaz de hacer mucho daño. El amor es también generoso (2ª Corintios 8.24). El amor de Cristo da a los hermanos necesitados, contribuye generosamente para los hermanos que los presiden en el Señor, y que los sirven con la palabra de Dios. El amor que da es bienaventurado. El amor es práctico (Hebreos 6.10; 1ª Juan 4.11; 1 Juan 3.18). El amor ágape no es de palabra ni se agota en deseos piadosos; antes bien es un amor que produce hechos. Ese amor ágape puede soportar lo malo y las pruebas (Efesios 4.2).

El amor produce el perdón y la restauración (2ª Corintios 2.8). El perdón lleva al errante de regreso a Dios. El amor de Cristo no es sentimental (2ª Corintios 2.4). No cierra los ojos ante los errores de los demás. El amor no es ciego. Nos disciplina y nos corrige donde sea necesario. El amor que huye de los problemas de disciplina no es amor, pues hace más daño que bien.

Es verdad que un cristiano puede hacer lo que desea, siempre y cuando no sea el pecado. Sin embargo, el amor coloca al cristiano en sus límites (Gálatas 5.13; Romanos 14.15). Hay cosas que en sí no son malas, pero pueden causar escándalo en otros cristianos. Hay cosas que no causan daño a uno, pero llevan al pecado a otro. El hijo de Dios jamás se olvida de su libertad. A la vez sabe que esa libertad no tiene el derecho de causar problemas de fe a otros. Se somete por amor a la verdad y el amor.

El amor equivale a reconocer y practicar la verdad (Efesios 4.15). El hijo de Dios ama a la verdad (2ª Tesalonicenses 2.10). El hijo de Dios no dice la verdad con el fin de herir a otros. El amor y la verdad van mano en mano. El cristiano no traiciona la verdad de Cristo. Una verdadera comunión cristiana se fundamenta en el amor y se ata fuertemente a los cristianos: "completa mi gozo, sintiendo lo mismo, teniendo el mismo amor, unánimes, sintiendo una misma cosa" (Filipenses 2.2).

El amor ágape da al hermano el derecho de pedir ayuda de otros cristianos (Filemón 9). Si realmente estuviéramos unidos en amor (ágape), nos sería cosa fácil pedir algo, y desde luego, también estaríamos dispuestos a dar donde sea necesario. Las calamidades existentes en las congregaciones de cristianos tienen su raíz en la falta de amor.

El amor es también la fuerza motivadora y animadora (Gálatas 5.6). Dios espera que los cristianos vayan a promulgar el Evangelio de su Hijo Jesucristo. Sólo el amor ágape puede hacer comprender la importancia de llevar el mensaje de salvación a todos los hombres que nos rodean. Nuestro intento de predicar ha de ser sincero y honesto. Más personas responden a Cristo con el corazón que con la razón. La majestad de la cruz de Cristo debe ser el centro de nuestra predicación. Un cristiano que no enseña el Evangelio de su Salvador no anda en el amor de Dios, que se pronuncia en obediencia. Vemos que el amor es la perfección de la vida cristiana (Romanos 13.10; Colosenses 3.14; 1ª Timoteo 1.5; 6.11; 1ª Juan 4.12). Una cosa más: la tarea más grandiosa de una iglesia local no consiste en embellecer su edificio de reunión. Ni tampoco está en mejorar su liturgia, sino en perfeccionarse en el amor de Dios.

Sin el amor ágape hacia Dios y el amor ágape hacia nuestros semejantes, nada somos. Una iglesia sin este amor no puede dar fruto para Cristo. Más aun, sin el amor ágape nadie verá a Dios y la vida eterna, pues la falta de ese amor mantiene al hombre alejado de Dios. Por tanto, debemos retornar al camino de Dios, no en una teología fría y aburrida, sino en el fuego del amor divino que nos hace capaces de dar frutos para la gloria de Dios.

Henrycis52@yahoo.com
<http://henrycis.com>